

Ha muerto Mons. Proaño

Esta tierra es de todos...

Lisbeth Canga

Los miembros del Centro Gumilla y el Consejo de Redacción de la Revista SIC nos sentimos conmovidos y tristes por la muerte de Monseñor Proaño, pero también confortados porque ganamos un intercesor y porque nos queda su trayectoria entrañable, que la muerte torna nítida y bañada de la gloria de la cruz. Sin saberlo en el número de mayo pasado (270-73) le estábamos dando nuestra despedida, situando su última obra en la historia latinoamericana. Esa obra queda abierta.

El Padre Rutillo Grande, nuestro hermano jesuita salvadoreño, pasó varios meses con Mons. Proaño en Riobamba y de allí regresó a la evangelización liberadora, a la organización profunda y a la muerte. Su muerte dio dimensión pública, colectiva, política al amor de Mons. Proaño por su pueblo. Y el martirio de monseñor sigue abriendo los ojos y sosteniendo la esperanza. Estos son algunos hilos que asoman de la trama que el Espíritu opera con las vidas y los encuentros; los más numerosos se quedan en el reverso de la historia de liberación.

Presentamos este homenaje de una compañera venezolana que pudo asistir al entierro de Monseñor Proaño. (N. de la R.)

"Cai ashpaca tupuipacmi..." Así lo entienden los indígenas quichuas de la provincia del Chimborazo, quienes aún conservan la esperanza de un caminar comunitario en posesión de su Pacha Mama (Tierra Madre). Así también lo entendió Mons. Leonidas Proaño, el obispo de los indios, el obispo de los pobres, cuando en los años 70 comienza a hacer efectiva la reforma agraria en las tierras de la Iglesia, repartiendo numerosas hectáreas a proyectos comunitarios indígenas. "No hice más que hacer la voluntad de Dios y repartir lo que les habíamos quitado". Aunque muchos lo llamaron comunista, el obispo rojo, y hasta lo creyeron loco, nunca tuvo miedo, nunca vaciló en llevar hasta sus últimas consecuencias la palabra de Dios.

El 31 de agosto pasado Mons. Proaño fue despedido de esta vida por la gente que lo acompañó siempre. En Riobamba, en medio de la lluvia, el frío y el llanto de miles de indígenas bajados de los dispersos rincones del Chimborazo, le dijeron adiós a quien entregó su vida a la lucha comprometida para incorporar al indígena y devolverle su dignidad humana y cultural. Regresaba al Padre el defensor incansable de los derechos del hombre a la vida, el luchador por la organización de los sectores populares, el hombre que no se cansó de alentar con tenacidad, de sembrar esperanza en el pueblo.

Envuelto en un poncho de vivos colores, con un ramo de flores arrancadas de la tierra que él mismo les ayudó a recuperar, los indígenas cargaron el ataúd de su taita Leonidas al son de los cantos que entonaban descargando su dolor y el cansancio del duro trabajo que les acompaña todos los días de sol a sol. "Ahí te traemos estas papitas, estos choclitos, para que

tengas algo de comer para el camino; también te dejamos una tacita para que puedas tomar agüita. El camino es largo y duro, pero en esto también te queremos acompañar, taitico". Con estas palabras dichas en quichua, por un indígena lleno de lágrimas, pero también de esperanza en el encuentro con Dios, despidieron a su Obispo encargándole sus vidas, sus sufrimientos, pero también prometiéndole su constancia, sus ganas de seguir luchando por construir una nueva sociedad.

Mons. Proaño, así como supo morir su vida, así mismo supo vivir su muerte con serenidad, con firmeza, con sencillez, con valentía, tras una larga agonía producida por un cáncer en el estómago.

Durante su vida hizo una labor pastoral de enorme significación en la provincia del Chimborazo, donde supo ganarse como obispo durante más de 30 años el corazón del pueblo riobambeño, en especial de los sectores más humildes. Supo vivir con radicalidad las exigencias del seguimiento de Cristo sirviendo desde su cargo a los indígenas y a los más pobres. Supo mirar con los ojos del pueblo; no se conformó con ver la realidad desde la curia arzobispal, sino que siempre fue hasta la misma realidad, Chimborazo adentro, para reflexionar la realidad con la gente, sentirla en carne propia (lo llamaba proceso de encarnación) y luchar por transformarla.

Fue perseguido y encarcelado al igual que muchos hombres que se han atrevido a denunciar los atropellos, que se han atrevido a anunciar al Cristo viviente en la choza del indígena, en el rancho de los pobres. Proaño fue nominado en 1986 para el Premio Nobel de la Paz, pero se puede tener la seguridad de que quienes mejor entendieron su mensaje son los taitas,

las mamitas, los huambros, los huahuas, quienes creen en la organización comunitaria, combatida y prohibida en esta sociedad capitalista individualista. "Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has mostrado a los pequeños. Sí, Padre, así te pareció bien" (Lc 10,21).

Su tema fundamental en todas las charlas, retiros, conferencias fue el reino de Dios, y así trató de vivir su vida, construyendo junto con otros el reino de Dios, un reino de justicia, de amor, de igualdad, de verdad, de gozo, de abundancia para todos, denunciando el reino de injusticia, de odio, de desigualdad, de mentira, de sufrimiento, de acaparamiento que se vive en América Latina.

Mons. Proaño murió, pero queda su espíritu de lucha en cada una de las organizaciones de las cuales fue fermento, en cada una de las personas, que inspiradas en su vida de auténtica entrega, seguirán llevando el mensaje de liberación a los más pobres, seguirán acercándose al caminar con los pobres, que ya van caminando en muchos lugares de América latina. Jesús dice: "vayan a cosechar", porque en los pobres ya está germinada la semilla de la Palabra. "Tú te vas, Mons. Proaño, pero quedan los árboles que sembraste". En Delfín, en Maximiliano, en Juanito, en Carlos Amboya, indígenas comprometidos. En el Equipo Misionero Itinerante (EMI), en los misioneros quichua (MIQ), en el Movimiento Indígena del Chimborazo (MICH), en el Centro de Acción Social (CEAS), en las Escuelas Radiofónicas Populares y en cada una de las organizaciones, de las comunidades cristianas, de las Iglesias vivas que seguirán inspiradas por su espíritu, que es el Espíritu del Señor.

Su testimonio se quedará por siempre en todos los chimboracenses ecuatorianos que lo vieron actuar, que escucharon su mensaje en la práctica social pronunciado con claridad. Sus objetivos fueron formar una iglesia indígena con ministros y servidores propios, con organización propia, objetivos que seguirán siendo estandarte de lucha para el pueblo explotado indígena.

Un obispo que nació y vivió pobre y para los pobres. La obra de Mons. Proaño debe ser ejemplo para toda la jerarquía eclesial, no sólo del Ecuador, sino de América toda. Debe ser fermento para las organizaciones populares, para todas las comunidades cristianas, para todos los que buscamos construir una nueva sociedad que no es más que el Reino de Dios entre nosotros.